

Édgar Gómez

LA ETERNA NOCHE CON LOS DEMONIOS

Copyright © Édgar Gómez, 2019
1ª edición, octubre de 2019

Dedicado a aquellos que lo han perdido todo, a quienes aún en su peor momento debieron librar una guerra contra las injusticias.

I

La huida

En un camino de tierra, apenas perceptible, se ve la silueta de un hombre en mitad de la noche. Las luces de una pequeña ciudad a su espalda y un espeso bosque emerge al frente como destino fortuito.

Parece no saber dónde está, de dónde viene y hacia dónde va. Dando tumbos, con la respiración entrecortada y los ojos llenos de lágrimas; cada paso que da es más inestable que el anterior.

Con la mente perdida, tanto o más que su mirada, entra al bosque sin siquiera darse cuenta. Los árboles se convierten en pilares que le sirven de soporte mientras avanza, sus pies se tropiezan con raíces, ramas caídas, rocas y desniveles que la naturaleza ha dejado con el paso del tiempo.

Su caminar no tiene fin y él no parece querer llegar a ningún lugar, sólo alejarse de lo que sea que dejó atrás.

Cada paso lo adentra más al espeso bosque, los árboles parecen más próximos a medida que las

horas pasan y él avanza. Su respiración se agita, pero no sabe si es cansancio o la sensación de que en algún momento la cercanía de los árboles no le dejará otro remedio más que detenerse.

Cuando parece que no podrá continuar, logra ver como se cuelan pequeños rastros de luz entre los troncos y al enfocar la vista nota que muy cerca hay un espacio abierto.

Con dificultad pasa entre los árboles, por primera vez percatándose de hacer algo por decisión propia desde hace muchas horas, y llega a un claro en el bosque. Un lugar abierto con grama tapizando todo el suelo, camina un poco más y ve un viejo tronco descansado en la superficie, sin pensarlo pasa sobre él y se sienta de espaldas a la dirección que ha venido siguiendo.

Se permite observar con algo de sorpresa el lugar en el que está, debe ser de al menos un kilómetro de diámetro, la hermosa grama no parece haber sido perturbada por nada, excepto su presencia.

El viejo tronco en realidad es un árbol vivo, caído pero vivo. Sus raíces se abrieron camino al suelo y sus ramas buscan el cielo, como si llevara toda su vida en esa posición.

No quiere estar al tanto de nada más, y simplemente regresa a llorar. Así pasan las horas, días o tal vez semanas, el tiempo parece haber perdido su función. Sus lágrimas caen sin cesar desde sus tristes ojos achinados y corren sin fin por sus mejillas. Su piel morena se ve pálida y su barba parece que tiene semanas sin ser afeitada.

Es un hombre joven que llora como alguien que lo ha perdido todo, pero no es ese *todo* que significa algo material, sino aquello que jamás será reemplazado. Es un llanto profundo, el que sólo va acompañado de la respiración y uno que otro gemido de desesperación, cuando el alma intenta escapar para no seguir sufriendo y el corazón busca la manera de apagarse por no poder más.

El tiempo pasa y nada cambia, sus lágrimas brotan como si una fuente inagotable de dolor las enviara infinitamente a sus ojos. De repente, una luz plateada intermitente lo saca de su miseria por un instante, levanta su mirada y ve una gran laguna frente a él, la orilla a unos metros de sus pies. La luz es el reflejo en el agua de una luna llena, gigante; apostada arriba y frente a él.

No sabe si ellas estaban allí cuando llegó o si la laguna se formó con sus lágrimas y la luna lo quiso acompañar en su desgracia. Lo cierto es que

por un momento se detuvo a apreciar aquel lugar que encontró o que lo había encontrado a él.

Sin que las lágrimas se fueran, ni su dolor, ni su vacío, ni su pena. El delgado y alto hombre se permitió sentir y vivir lo que el universo puso frente a él. Alzó su mirada hacia la luna y la contempló tanto tiempo que recostó su espalda y cabeza sobre el tronco. La luz no sólo se reflejaba en la superficie de la laguna, apenas perturbada, sino que caía sobre las copas de los árboles alrededor y hacía brillante la grama que adornaba todo aquello que no era agua.

Por un momento quiso descansar y cerró los ojos mientras sus lágrimas corrían por su rostro hacia su cuello y se perdían en algún lugar. Podía percibir la débil luz de la luna atravesar la piel de sus párpados, hasta que sin previo aviso la oscuridad llegó.

II

Las tres mujeres

Abrió sus ojos y no logró ver nada, volteando la cara hacia los lados en los que todo estaba lleno de negrura. Pensó que había quedado ciego o caído al eterno olvido, por un momento de luz sintió el tronco en el que estaba apoyado y arrastrándose en el suelo pudo tocar la tibia agua de la laguna, era el mismo sitio.

Apenas podía ver en medio de la penumbra, no sabía si realmente veía o si su percepción reconstruía el escenario como una especie de habilidad mental que no conocía. Poco a poco su vista se fue adaptando a la ausencia de luz y logró débilmente volver sus ojos hacia todo aquello que estaba antes de cerrarlos. Todo menos la luna que se había ido.

Sus sentidos se agudizaban a medida que pasaban los minutos, por alguna razón estaba en alerta. No se escuchaba nada más que el sonido del silencio en el bosque, ni siquiera una insípida brisa hacía presencia.

Sus ojos no dejaban de llorar y un sutil sonido llegó desde el frente de su lugar, pasos suaves, de

más de una persona. Pero cómo era esto posible si una laguna estaba apenas a unos metros de donde se encontraban sus pies.

—Hola.— Se escuchó mientras el silencio se quebraba y la piel morena del hombre se erizaba.

Quiso levantarse pero su cuerpo no pudo. Las lágrimas en sus ojos le entorpecían la visión dentro de la espesa oscuridad. Intentó secar sus lágrimas con la manga de su camisa pero nada lograba aplacarlas.

—¿Quién es?— Preguntó él.

—Quiénes somos, querrás decir.— Respondió una voz rasposa y femenina frente a él. —Somos Las Últimas, enviadas por La Primera.— Continuó ella.

Sus ojos lograron verlas, tres mujeres adultas, de unos setenta años, delgadas; con su piel marchita por el paso de las décadas. Vestidas con diferentes túnicas de color marfil y portando cada una un libro similar, forrados en cuero negro con letras doradas en sus portadas, cuyas palabras él no lograba leer en la distancia. Los llevaban en sus manos derechas y los traían hacia sus pechos, como si no quisieran desprenderse de ellos, como si fuera un escudo o algo muy valioso.

La que hablaba estaba a la izquierda, tenía el cabello castaño, largo y canoso, ondulado y hermoso. Con un ojo más abierto que otro, como si la mitad de su cara se hubiera paralizado o como si dos personas estuvieran en su cuerpo y cada una controlara una parte de ella. Su túnica era larga, llegaba hasta sus pies, y tenía adornos de metal dorado en sus muñecas y cuello. Anillos y cinturón del mismo material. Las miradas de las otras demostraban respeto o temor, como una especie de jerarquía fácil de apreciar.

—Yo soy La Cuarta,— dijo ella cuando él no respondió a su presentación. —fuimos enviadas para ti.

Un silencio siguió, él no sabía qué decir ante esto. No tenía sentido. Ella pareció identificar su incertidumbre y prosiguió. —Tus lamentos. Sólo venimos ante aquellos que lo han perdido todo. Aquellos a los que no les queda nada.—

Él no sabía si estaba soñando, si era una alucinación o estaba en el bosque en realidad.

—Yo soy La Quinta.— Dijo la mujer en el centro con voz aguda y nasal. Cabello negro, liso, brillante y un poco canoso. Su túnica llegaba hasta sus rodillas y tenía adornos de metal dorado en

sus muñecas y tobillos. —¿Cuál es la causa de tu lamento?— Continuó.

—Y no nos mientas, lo sabemos todo. Yo soy La Sexta.— Dijo la mujer a la derecha, su voz temblaba, parecía ser la mayor de todas, más estropeada por los años, su cabello corto y casi blanco la delataba. Su túnica no llegaba hasta las rodillas siquiera, estaba rasgada, como si vistiera ese mismo atuendo por siglos. No tenía ningún adorno.

El hombre seguía callado, intentando entender lo que estaba pasando. Quiénes eran estas mujeres y por qué estaban allí. Cómo pueden pasearse en medio del bosque y aparecerles a extraños, como si eso fuera común, como si vivieran allí alejadas del mundo real. Pensó que su dolor lo había vuelto loco, pero su imaginación no era tan buena como para crear todo lo que ocurría.

Ellas esperaban una respuesta en silencio. Él no sabía qué decir, en realidad sólo deseaba estar solo con su pena, pero su soledad había sido perturbada. No pretendía analizar mucho lo que pasaba y por ese instante quería salir corriendo de ahí, al encuentro con el silencio, sin ser cuestionado por nadie.

—No importa, ya me voy.— Dijo él, levantándose con dificultad del suelo y sacudiendo una ficticia arena de sus pantalones.

Alzó su mirada y en medio de la confusión del momento logró ver a las tres mujeres, a la altura de sus ojos, observó el suelo bajo ellas y descubrió que estaban posadas sobre el agua de la laguna. Caminó hacia atrás de la impresión y tropezó con el tronco en el que había estado reposado desde hace mucho, cayó de espaldas al suelo, mirando al oscuro cielo, cuando las tres mujeres ya se encontraban paradas a unos metros hacia donde había aterrizado su cabeza.

Con miedo y asombro levantó su torso y cambiando de dirección se arrastró hasta que su espalda tocó el tronco por el lado contrario al que había estado, de frente a Las Últimas, de frente a aquello de lo que estaba huyendo.

—Dinos lo que te aflige, el motivo de tus lamentos. Dinos la verdad porque lo sabemos todo.— Expresaron las tres mujeres al unísono.

—Nada.— Respondió él. —Sólo quiero estar solo.—

—¡MENTIRA!— Dijeron ellas. —¡Avergüénzate, lo mataste y nunca volverá!—

Él no entendía lo que ellas decían, ahora más que nunca nada tenía sentido. Vergüenza, matar, no significaba nada para él. Sólo podía quedarse en silencio ante esta locura.

Ellas se acercaron a él, pero no caminaban, se deslizaban por la superficie. Su miedo se acrecentó, pensó que al final solo anhelaba morir para no seguir sufriendo. Cerró sus ojos queriendo que fuese el fin, que su agonía terminara y que esos seres lo llevaran lejos de su laguna de lágrimas.

Pero nada pasó, la oscuridad de sus párpados seguía ahí. Podía sentir el tronco en su espalda y la grama bajo su cuerpo. Abrió los ojos y allí estaban, tres seres espantosos que ni en sus pesadillas más horribles surgieron jamás.

Las tres mujeres habían desaparecido y en su lugar estas figuras se posaban frente a él, sin intención de ocultarse, sin temor a ser vistas tal y como son, sin una muestra de querer aparentar ser más agradables a la vista.

Más altas que un hombre promedio, el color de sus pieles era entre marrón y verde, colgando de sus huesos, como si estuvieran en descomposición. Desnudas y encorvadas. Con uñas largas en manos y pies, y sin cabello en sus cabezas.

Sus ojos grandes y vacíos, sus narices largas y afiladas, sus labios inexistentes. Sus túnicas ahora estaban en el suelo, las telas y adornos entre piel, sangre y cabellos.

Corrieron hacia él como si el hambre de carne fuera lo único que sintieran. Ahora sí era su fin. Lo tomaron con sus huesudas manos y arañaban su cuerpo como queriendo desgarrarlo, él gritaba y jadeaba, forcejeaba con ellas por su vida.

—¡MENTIROSO, ASESINO!— Decían ellas.

La lucha continuaba cuando alguna de ellas puso una de sus asquerosas manos sobre la boca y nariz del hombre para ahogar sus gritos, para ahogar su vida. Él la miró para saber cuál de todas era, como si eso importara en sus últimos momentos, pero ya no había diferencia entre ellas como cuando eran las ancianas, ahora sólo eran horripilantes demonios.

Él sintió que ya no podía respirar, que su vida se apagaba, pero por un momento aspiró una gran bocanada de aire, y luego otra, y otra más.

Nada había cambiado, ahí estaban los tres demonios sobre él, sujetándolo. Aún la mano de uno de ellos en su boca y nariz, pero podía respirar y no sentía dolor, no tenía heridas. Ni siquiera

sentía los agarres en su cuerpo, se preguntó si estaba muerto ya.

Así que se quedó allí, dejó de resistirse y sólo respiró. Desde hace mucho rato había olvidado sus lágrimas pero ahí estaban, brotando sin parar.

Ellos le hablaban pero él no podía escucharlos, sólo oía sus propios sollozos. Lo halaban y arañaban, pero tampoco podía sentirlo, sólo el dolor de su alma quebrada, de su corazón vacío.

Los demonios notaron que no podían atormentarlo, que sus acciones eran en vano, que sólo estaban haciendo el ridículo. Lo dejaron caer, tampoco sintió el golpe contra el suelo. Sus lágrimas ahora humedecían la verde grama del bosque. Apenas pudo ver sus espaldas cuando se alejaban, aunque en un momento se desvanecieron entre los árboles.

III

El susurro

Perdió la noción del tiempo, tal vez los días pasaban pero el sol no llegaba. Notó que desde su ingreso al bosque no sintió hambre, sed, frío o calor. Dudaba que aquellos acontecimientos fueran reales, como si estuviera en un sueño interminable. Sí, eso debía ser. De la nada, la tierra se estremeció.

Con un ritmo de torpes pasos, algo venía hacia él. Sus ojos aún no se adaptaban totalmente a la oscuridad que la luna había dejado en su partida. Podía sentir la presencia de algo grande a lo lejos, pero no se movió del suelo.

Poco a poco la enorme masa se acercaba, logró identificar la dirección de la que venía: al otro lado de la laguna, al contrario del camino que lo llevó hasta el bosque.

Cada vez más cerca, pero él no sentía algo además de su dolor. No había miedo ni angustia, su corazón y su respiración iban rápido, pero era a causa de sus lamentos; no porque quisiera huir, sino porque deseaba que, fuera lo que fuera la

cosa que se acercaba, siguiera de largo. No quería lidiar con ella.

Los pasos llegaron más cerca, incluso sintió a la masa pisar dentro de la laguna con facilidad, destrozar la paz de sus aguas y dirigirse hacia él. Cuando ya estuvo allí, lo suficiente para detenerse, fue entonces que él cerró sus ojos. Un silencio sepulcral. Nada pasó.

Abrió sus ojos y ahí estaba, la impenetrable oscuridad. Más negra que cuando la luna se fue, que cuando Las Últimas llegaron.

Era como si la enorme masa se hubiera dejado caer sobre él, pero no era sólida ni líquida, sólo era oscuridad.

—¿Miedo?— Dijo una voz masculina en medio de la tiniebla, daba la impresión de alguien tratando de personificar el terror, como una actuación.

El hombre no dijo nada.

—¿MIEDO?— Repitió la voz en la tiniebla, intentando sonar más autoritaria y oscura. Pero el hombre seguía sin responder, como tratando de entender algo, como si la voz fuera de una persona con un tono agudo que intenta sonar gra-

ve. Había algo más, un extraño sonido surgía antes de que la tétrica voz hablara, una especie de susurro casi imperceptible.

—¡NO!— Respondió el hombre. —Puedes seguir tu camino.—

Luego de Las Últimas, que se mostraron como ancianas y en seguida revelaron su verdadero ser, una voz insegura en medio de la nada era lo menos aterrador del mundo.

Nuevamente el susurro se hizo presente, esta vez más extenso y evidente, si se presta la suficiente atención.

—Soy El Tercero y fui enviado por La Segunda.— Dijo, ignorando lo último que expresó el hombre. Aún sonaba algo incómodo, intentando mantener un personaje, como si quisiera proyectarse tenebroso, importante; alguien a quien temer. Pero el hombre no respondió.

El silencio se perdió cuando el susurro, ahora intenso y rápido, se convirtió en impaciente, como alguien que pierde la calma y se olvida de mantener su presencia oculta. En medio de la oscuridad resurgió la voz de El Tercero.

—Lo mataste y por eso estás aquí. Es tu destino morir también. Sin un centavo en tu poder, sin ropa que vestir, sin nada en tu posesión, sin un lugar donde llegar.—

El hombre sonrió, pero no era una sonrisa sincera, era sarcástica y más aún cuando yacía en el suelo con millones de lágrimas brotando de sus ojos hacia la grama del bosque.

—¿Qué te hace tan feliz?— Dijo la tiniebla, no sin que antes se escuchara el susurro.

—¿Feliz?— Respondió el hombre en medio de una risa fingida que se apagó a continuación. — No volveré a ser feliz. No les temo a ustedes dos, ni a la muerte y nada tengo en mi poder. Todo me fue arrebatado y morir sólo sería un alivio.—

Hubo un silencio tan tenso que pareció perpetuo. Como si el guión de El Tercero no estuviera preparado para esto. Como si el susurro que dictaba se quedara sin palabras. Como si no tuviera respuesta para un alma en agonía que veía el paso al otro mundo como un descanso de su dolor.

—¡Eres patético!— Dijo el hombre mientras volteaba su cuerpo y apoyaba sus manos en el suelo para impulsarse y levantarse. —Vienes aquí

con tu voz fingida y ausente de poder, creyendo que temeré a un títere manipulado por alguien más vacío que él. Esperando asustarme con la muerte o la carencia. Como si ya no se me fuera robado todo lo que construí, como si no estuviera muerto ya.— Pronunció con determinación mientras terminaba de ponerse sobre sus pies.

—¡TE QUITAREMOS TODO!— Gritó la tiniebla sin que el susurro apareciera primero, pero ahora la voz de una mujer se unía a él haciendo un tétrico dueto que no lograba espantar por más intensidad que le dieran al volumen de sus voces.

—¡NO PUEDEN QUITARLE ALGO A QUIEN NO TIENE NADA!— Gritó el hombre a la oscuridad.

Otro silencio siguió y de repente la densa tiniebla desapareció, dejando nuevamente la noche sin luna. El hombre de pie frente al tronco y, un poco más allá, la laguna aún más extensa, con su superficie todavía perturbada y al final de ésta, la figura de una mujer se erguía inmóvil, mirándolo fijamente.

IV

La conversación inesperada

Los ojos de ambos chocaron a cientos de metros en la distancia. Él la vio comenzar a rodear la laguna por su lado derecho y volvió a su sitio frente al agua, que ahora estaba más cerca de su cuerpo.

Como si la vida no fuera lo suficientemente difícil, algo más venía a robarle su soledad.

Ella se acercaba poco a poco, caminaba lentamente. Él pudo ir divisando a su nueva compañía. Una mujer de unos treinta años, robusta, no muy alta, de piel morena y cabello recogido en cola de caballo, largo, negro, brillante y liso, excepto las puntas que se ondulaban un poco. Su vestido blanco y vaporoso resplandecía en medio de la oscuridad de la noche y se arrastraba ligeramente por la grama mientras ella daba pasos calmados hacia donde él estaba.

Llegó y se sentó a la derecha del hombre, sobre el tronco, unos tres metros de distancia los separaba. Colocó sus manos en su barbilla y sus codos en sus rodillas. Dio una exhalación profunda, como de alguien decepcionado o aburrido de

esperar. Él ni se inmutó, como si nada diferente hubiera sucedido. Las lágrimas seguían emanando de sus ojos negros.

Pasó tanto tiempo que el hombre olvidó la figura femenina a su lado. La superficie de la laguna había logrado aquietarse. Observó el cielo, vacío como su corazón.

—¿Duele mucho?— Dijo la mujer a su lado, rompiendo el silencio.

—¿Qué cosa?— Respondió él, fastidiado de tantas visitas.

—La razón de tus lágrimas.— Preguntó ella. Su voz era cálida, suave, como una caricia necesaria.

—Duele tanto que, en algún punto, dejas de sentirlo. Lo haces parte de ti.— Respondió el hombre mientras sollozaba un poco más intenso. Sorprendido de estar entablando una conversación cuando realmente había deseado estar solo todo este tiempo desde que entró al bosque.

—Vi la sombra que se posó sobre el claro, por eso vine.— Dijo ella y continuó. —No es la primera vez que aparece. Busca almas tristes en el bosque y las atormenta, se alimenta del miedo y

la angustia. Una vez lo hicieron con una señora mayor a la que ellos conocieron cuando estaban vivos.—

—¿Vivos?— Respondió impresionado.

—Sí, son dos, un hombre y una mujer. En algún momento estuvieron vivos pero se consumieron en vanidad y avaricia. Él sólo se preocupaba de la apariencia y ella de lo material.— Dijo la mujer. El hombre calló, intrigado y volteó a verla. Ella miraba a la laguna, como si la mantuviera cautivada. Tenía frente amplia y cachetes rechonchos, cejas elegantes y largas pestañas negras.

—La mujer mayor a la que atormentaron, ¿qué le pasó?— Preguntó él.

—Murió,— dijo ella calmadamente —los que cuentan historias dicen que era su madre, que vino a ellos en momentos de angustia y dolor para encontrar consuelo. Pero ellos perdieron la humanidad mucho antes de morir, ni siquiera la reconocieron. No creo que ella haya muerto por el tormento sino de desconsuelo, por no encontrar lo que estaba buscando.—

Él levantó sus cejas como signo de sorpresa, se preguntó si ella lo estaba observando.

—Las personas atormentadas gritan, es espantoso el sonido que un ser humano puede producir cuando alguien se ensaña con sus debilidades, pero ella murió en silencio. Eso no es tormento, es desconsuelo.— Continuó la mujer.

El hombre estaba inmerso en lo que la mujer le decía. Era extraño escuchar la historia de alguien más, hacía que por instantes se olvidara de la suya. Él quería seguir escuchando y ella deseaba contar todo lo que sabía. Así que, sin pausa, prosiguió.

—Cuando ellos aparecieron supe que había alguien que necesitaba ayuda, que había un alma triste aquí. Pero ellos se fueron apenas llegué, no escuché esos gritos desgarrados que logran con su presencia, así que supe que no consiguieron hacer contigo lo que hicieron con otros.—

—Hace poco vinieron tres ancianas.— Dijo él. — ¡LAS ÚLTIMAS!— Respondió ella, sentándose recta y poniendo una sonrisa indulgente en su gordo rostro. —¿Las conoces?— Preguntó él. —Todos en el bosque las conocen. No son muy selectivas para aparecer. Buscan escudriñar hasta en la vida de los animales. ¡Inútiles!— Respondió ella.

Él sonrió con nerviosismo, como cuando encuentras la respuesta a algo pero aparentas no saber nada, y dijo: —¿Cuál es su historia?—

Ella colocó sus manos en el tronco por detrás de su espalda como apoyo, preparándose para contar los hechos que conocía.

—Bueno, eso es un poco más interesante y extraño a la vez. Dicen que ellas están vivas y tienen sus casas en la ciudad. No están relacionadas entre sí, así que nadie las puede identificar cuando no se muestran como son. Aparentan ser religiosas, ¿te imaginas? ¡RELIGIOSAS! Andan con sus biblias a todos lados y repartiendo bendiciones. En realidad lo único que comparten es la simpatía por la infamia, el chisme y el hambre. Cuando encuentran a una víctima entonces inventan tontas historias con la intención de manipularlo, sacarle información y usarla para destruir su dignidad, eso les divierte y las fortalece, las alimenta como espantos; lo peculiar es que necesitan también alimentar su cuerpo humano, entonces buscan congraciarse con los vecinos y difunden rumores de sus enemigos, para obtener ayuda de ellos, migajas y sobras. Una simple vida de sanguijuelas. Siempre queriendo chupar a los demás... Pero ya te he contado mucho, así que es justo preguntar, ¿cuál es tu historia?—

—¿Mi historia?— Respondió él y continuó. —Mi historia. Me enamoré de un ser que no era de este mundo. Uno que tenía ya su tiempo contado en la tierra. No sabía lo que era, hasta que crecieron alas en su espalda y se marchó.—

Ella dirige su mirada hacia él, por primera vez apartando su vista de la laguna desde que se sentó en el tronco. Él continuó su relato.

—Nos conocimos hace poco, unos cuantos años, pero cuando dos personas van hacia la misma dirección todo lo demás carece de sentido. Hicimos una vida juntos, planes y proyectos a futuro. No nos dimos cuenta que se iba hasta que fue demasiado tarde. Ya no había espacio para contar nada y quedé solo y triste. Con el corazón vacío y el alma hecha pedazos.—

—Entonces, te engañó.— Dijo ella sin pensarlo.

—¿Eso crees?— Expresó él.

—Claro, no te dijo que se iba. No te preparó para su partida. Supo que partía pero no tuvo el coraje de enfrentarte.— Sentenció ella.

—A veces hacemos cosas por amor que no tienen sentido, ¿cierto?— Preguntó él.

—Eso no es amor, es egoísmo. Debíó decirte que se marchaba, que ya no estaría a tu lado. Merecías saber que no valía la pena construir una vida juntos.— Dijo ella, un poco molesta.

—Pero... sí valió la pena.— Señaló él con una sonrisa dibujada en sus labios y su mirada ausente hacia la laguna.

—No entiendo, ¿no estás molesto?— Increpó mientras se ponía de pie, visiblemente agitada.

—¿Molesto? ¿Por qué estaría molesto?— Preguntó él, de forma calmada, aún sentado sobre la grama, con su espalda y cabeza recostadas en el tronco del árbol.

—¡PORQUE TE ENGAÑÓ Y TE DEJÓ SIN NI SIQUIERA DESPEDIRSE!— Gritó ella.

—Jamás lo entenderías.— Apuntó él y continuó con serenidad. —La Primera no conoce lo que es el amor.—

V

La muerte

Como si el mundo hubiese muerto y todo estuviese perdido. El frío acompañó a la oscuridad y un hedor a levadura fermentada podrida inundó el ambiente. La Primera había llegado.

Él volteó a su derecha, en donde ella estaba de pie y vio como las capas de tela de su ropa se elevaron lentamente hacia el cielo, mientras levantaba sus brazos y su cabello se desataba de la cola de caballo y flotaba como si estuviera bajo el agua.

Su ropa y piel se tornaron negras cual carbón, mientras se convertían en jirones y se desollaba. Se transformaba en una nube oscura a medida que su apariencia anterior se desbarataba. Poco a poco crecía, como si se alimentara de su propio odio, como si se hiciera más poderosa mientras su cuerpo se desvanecía en cenizas que quedaban suspendidas en el aire.

Una energía lúgubre pero intensa. Un ente macabro que abarcaba todo a su alrededor. Como si tuviera tentáculos invisibles que penetran y corrompen lo profundo de la tierra, hasta lo infinito

del cielo. Robándose todo lo bueno e incrementando lo decadente.

La masa se convirtió en humo, pero se veía sólido a la vez. No del humo que puedes atravesar, sino como si pudiese rebanarte con los hilos negros que despedía de él como alambres irrompibles. Por momentos parecía polvo metálico y por otros, temibles nubes de la peor tormenta.

El hombre sintió que se sumergía en una sustancia viscosa y desagradable que lo envolvía como queriendo atraparlo. Cayó de espaldas contra el suelo mientras millones de pequeños dedos se movían sobre su cuerpo y trataban en entrar por su nariz y oídos. Quiso gritar pero el asco mantuvo su boca cerrada. Se levantó apartando aquello de su cuerpo con espasmos incontrolables. Recuperó la calma y miró incrédulo como el árbol se había convertido en un montón de lombrices de tierra que se retorcían y buscaban desesperadamente acercarse a él.

Retrocedió hasta que sus pies tocaron el agua de la laguna y recordó que La Primera estaba ahí. Volteó su mirada hacia donde ella se encontraba y la observó convertirse en algo más sombrío que la misma muerte, aumentando su tamaño hasta que él mismo fue alcanzado en fracciones de segundo.

En medio del abismo oscuro, él volvía en sí. Suspendido boca abajo en el aire, con su ropa rasgada y su piel ensangrentada, sentía que su cuerpo casi se desmembraba mientras era jaloneado de sus extremidades. Como hojillas se deslizaban los hilos de humo por su físico, apenas pudo verlos cortar lo poco que no estaba teñido de su sangre.

Gritos de una mujer histérica acompañaban el ataque. La sentía moverse a su alrededor y estar en todas partes. Con el corazón queriendo salirse del pecho, la respiración acelerada y entrecortada; él estaba aterrado.

Su cuerpo estaba tenso, él se aferraba a la vida. Sentir que la muerte te lleva hace replantearte si realmente la estabas deseando, si realmente te quieres ir con ella.

Por momentos sintió como el aire abandonaba su cuerpo, como sus pulmones quedaban desolados y perdía el conocimiento; pero luego volvía para sentir más dolor mientras tajos de su piel se desprendían y caían al vacío incierto.

La muerte le gritaba en la cara, desenfrenada, deseosa de llevarlo consigo; no sin antes hacerlo sufrir lo suficiente para que él implorara por ella.

Su agonía era tan grande que no podía emitir ningún sonido. Su sangre y lágrimas se unían en sus ojos, peleando en viscosidad, antes de caer frente a él.

El tormento a su cuerpo y a su mente era cada vez más intenso, saturaba sus sentidos, perdía el poco control que tenía de sus emociones. La Primera le gritaba cosas en sus oídos pero no lograba entenderlas.

Sintió como si el espíritu lo estuviera dejando atrás, como si su alma ya no tuviera lugar allí... con su corazón apagándose, su respiración dándose por vencida y su mirada hacia la oscuridad.

VI

El encuentro

Allí estaba él, de pie en medio de un desierto de plateadas arenas que emitían luz propia, como si el suelo iluminara el cielo oscuro y sin estrellas.

Una suave brisa le invitaba a respirar profundamente. Era el sitio más hermoso que jamás hubiera visto, como en sus sueños imaginaba lo que era estar en paz.

El hombre tomó un momento para mirar alrededor, no había caminos ni nada diferente hacia ninguna dirección. Recordó lo último que había vivido y comprendió que su cuerpo mutilado había quedado atrás, en otro plano.

Caminó sin rumbo por el lugar, no sabía qué hacer allí. Sólo se permitió disfrutar el momento, la experiencia y dejar que el tiempo hiciera lo que debía para él.

El imponente sonido de un aleteo rápido y una brillante luz dorada a su izquierda acompañaron a una voz que llegaba, estremecedoramente familiar:

—Perdóname.— Dijo pausadamente, mientras se acercaba caminando hacia el hombre, quien volteó para ver a su acompañante. Unos hermosos ojos avellana, de los cuales se había enamorado años atrás, lo miraban con timidez. Sintió como su piel se erizaba y el universo desaparecía, corrió al encuentro con sus brazos. Su ángel estaba allí.

Agradable, cálido y acogedor. Un lugar que conocía como su hogar, donde era amado, valorado y respetado, reconfortado y bienvenido.

—Nunca quise hacerte daño,— dijo sin separarlo de su cuerpo —no llores más, sabes que no soporto verte llorar.—

Pero el hombre no parecía escuchar lo que le decía, como si se hubiese perdido en los brazos que pensó no sentir nunca más.

Pasó un tiempo antes de que los cuerpos se soltaran y ellos se miraran a la cara. Su piel blanca y su amplia sonrisa lo hicieron sentirse en casa. Como si nada hubiera ocurrido ahora que están juntos de nuevo.

—Necesito que me escuches.— Dijo con una amable sonrisa, el hombre asintió como si temiera que su voz no pudiera salir aunque lo intenta-

ra. Caminaron tomados de la mano, como hasta hace poco lo hacían en la vida terrenal. Un paseo por el infinito que jamás terminaría. Se sentaron en el brillante suelo, frente a frente, y su ángel comenzó a hablar:

—Me enviaron a la tierra hace treinta y ocho años con una misión: romper con las heridas emocionales que traía una familia desde hace mucho, y que se iban a repetir por siempre. Debía mostrarles otra forma de vivir y permitirles decidir cómo hacerlo. Luego te conocí y no dejé de lado mi tarea; pero estabas tan dispuesto a amarme y yo con un vacío enorme, necesitaba tu presencia en mi vida, era inevitable. Nada de lo que sucede en la tierra es casualidad, todo tiene una razón. Nuestros destinos estaban unidos desde el principio de la creación aunque corriéramos en sentidos opuestos, aunque estemos en planos distintos. Olvidé que mi tiempo estaba contado, me sumergí en lo que tú me dabas hasta tal punto que cuando la realidad me golpeó, estaba por partir y ya era demasiado tarde, no quedaba espacio para explicar, para despedirme.—

—Eso ya no importa,— dijo el hombre con una sonrisa mientras unía sus manos con las del ángel —estamos juntos ahora.—

Le devolvió una sonrisa condescendiente y respondió: —Mi tiempo en la tierra se ha terminado... pero el tuyo no.—

El hombre inclinó un poco su cabeza a la izquierda, como signo de no entender lo que le decía.

—¿Cómo no puede haberse terminado si estoy contigo del otro lado?— Dijo el hombre.

—Aún no estás del otro lado,— respondió pacientemente —estamos en un lugar donde ciertas reglas no existen, donde el tiempo no pasa y el espacio es todo lo que puedas imaginarte. Esto fue creado por y para ti. Sólo nos permitieron un momento que puede durar para siempre aquí, pero terminará con cada uno en donde debe estar.—

El hombre entendió que debía volver a su soledad, a su vacío, a su agonía. Recordó que su cuerpo estaba destrozado. Cómo podría sobrevivir a semejante nivel de deterioro si se había dado por vencido soltando su alma y su espíritu.

—¿Puedo escoger? ¿Puedo quedarme aquí?— Preguntó el hombre.

—Sí,— respondió el ángel —pero yo seré llamado de este lugar y tú quedarás solo. Con el tiempo se disipará tu humanidad y tus recuerdos. Olvidarás hasta quien eres, lo que viviste y estarás perdido para siempre. No quiero eso para ti, no cuando sé que podemos volver a vernos.

—¿Cuánto debo esperar?— Preguntó el hombre.

—El tiempo que sea necesario.— Respondió el ángel.

Un infinito silencio se hizo presente. El hombre no quería preguntar o decir algo que terminara la conversación, como si eso detuviera el tiempo y se quedaran allí, uno junto al otro, en un asunto inconcluso.

Todo eso que sentía perdido estaba ahí frente a sus ojos: el amor, el valor y la protección que nadie más podría darle y que se mezclaban con paz y alegría emanando desde su interior.

El ángel miró hacia arriba y se puso de pie, el hombre también lo hizo, entendiendo que el momento había llegado. Pensó que si no hablaba estarían allí, juntos para siempre, pero se equivocó.

—Ya debo irme,— dijo el ángel levantando con sus manos la cara del hombre que miraba al suelo, y secó las lágrimas que brotaban de sus ojos —no quiero verte llorar más.—

—Puedo entregarte todo sin que me lo pidas, el universo entero si lo quieres, pero en eso no te puedo complacer, — dijo el hombre —estás aquí conmigo pero debo volver sin ti. Lloro porque duele que no estarás allá y eso duele porque te amo. Dejar de llorar es dejar de amarte, y mi amor por ti es inagotable, como si no pudiera contenerse en mi cuerpo y brotara por mis ojos. Así te mantengo conmigo de alguna forma.—

—Entonces, procura guardarme un poco para cuando nos volvamos a ver.— Respondió el ángel dando un beso al hombre en medio de un abrazo que duró más que la eternidad. Lo miró a los ojos y sonrió por última vez en esta ocasión. Con un fuerte aleteo y una brillante luz dorada, desapareció hacia el firmamento.

El hombre no se movió del lugar, ni apartó su mirada del sitio donde el ángel se había marchado.

Se sentó nuevamente en el suelo, esperando su llamado. Sólo pensaba en el encuentro con su

ángel, en que podían reencontrarse en otro lugar y volver a estar juntos.

Por un momento se sintió agotado, como si toda su energía se hubiera consumido, se acostó sobre el suelo que brillaba hacia las alturas y se durmió profundamente.

VII

El regreso

Con una débil inhalación volvió a la vida, su corazón apenas palpitaba y su consciencia retornaba. Su cuerpo seguía suspendido en el abismo, estaba tan maltratado que no parecía poder recuperarse aún si el ataque terminara en ese momento.

Pero su viaje le dio claridad a su mente, como un descanso de tanta atrocidad. Ahora podía entender lo que La Primera le decía, era la misma interrogación una y otra vez:

—¿Qué haces con un corazón vacío?— Preguntaba ella mientras se reía a carcajadas, disfrutando el dolor que le provocaba a su cuerpo.

Él no podía hablar, no tenía energía en su ser.

—¿Qué haces con un corazón vacío?— Repetía sin cesar. Su rostro aparecía en medio del humo negro en el que se había convertido, y desaparecía para reaparecer en diferentes lugares.

Haciendo un gran esfuerzo él logró balbucear sin llegar a completar una palabra.

—¿QUÉ HACES CON UN CORAZÓN VACÍO?—
Gritó ella victoriosa y regodeándose en la desgracia del hombre.

Él, con sus últimas fuerzas reunidas hacia su pecho, respondió: —¡LLENARLO DE AMOR!—

Una pequeña gota de agua se acercó a su rostro y comenzó a tornarse dorado brillante. Resplandecía en su cara y le dio paz por un momento. Enfocó sus ojos más lejos y vio como poco a poco otras gotas hacían lo mismo mientras se aproximaban a él, traspasando la oscuridad.

Decenas se convirtieron en centenas y así en miles. Estaba suspendido sobre la laguna que lo había acompañado todo este tiempo. Sintió esperanzas y un par de lágrimas brotaron de sus ojos cayendo unos centímetros pero quedando en el aire, volviéndose doradas y brillantes.

Instantes pasaron para que toda la laguna se volviera como un hermoso campo que iluminaba el lugar y llegaba, elevándose como gotas, hasta él.

De pronto la oscuridad lo soltó y él cayó hacia la luz, se dejó abrazar por ella y se fundieron en un solo ser. Sintió como lo protegía de todo a su alrededor y se permitió ser cuidado por ella.

Recordó a su ángel y sonrió.

Su sonrisa desató una explosión de energía en él que se extendió a la masa brillante que lo protegía y se esparció como un rocío, kilómetros alrededor, como una fuerza incontenible a la que no temes; sino que aceptas y permites tomar las riendas de tu vida.

La luz se desvaneció y el hombre fue puesto suavemente sobre la grama en el claro del bosque. Ya no había laguna, ni lombrices de tierra. Ya no tenía heridas en su cuerpo aunque seguía sintiendo como el dolor llegaba hasta sus huesos. Estaba despedazado y sin fuerzas, agotado y roto, pero vivo. Seis demonios lo habían visitado y él seguía respirando, algún propósito había para eso porque todo tiene una razón

Ya no había rastro de La Primera, se había ido y él volvía a estar con su soledad, excepto por la majestuosa luna con sus plateadas arenas brillantes, que había vuelto a acompañarlo en silencio.

El hombre podía sentir aún su corazón vacío pero sabía que, con el tiempo, lo llenaría de algo invaluable e indestructible. Que su alma destrozada tenía una razón para estar así y que tal vez nunca regresaría a una sola pieza. Aceptó que

todo había cambiado, que no volvería a ser el mismo.

Reunió fuerzas y se levantó. En medio del claro del bosque, con grama a sus pies y árboles alrededor, en una noche que no termina y con la luna en el firmamento.

Una luz dorada emanaba de sus mejillas, dos lágrimas que recorrían su rostro hasta su barbilla. Con una sonrisa se dijo a sí mismo:

—Guardaré un poco para cuando nos volvamos a ver.—

Chucho, sigues vivo en cada lágrima de amor que te extraña y se convierte en una laguna de los más hermosos recuerdos. Eres inolvidable e irremplazable.

A Jeanela. Eres una bendición de valor incalculable.

A mi familia. Por tanta paciencia en mi duelo.

A todos los que aún tienen sus manos puestas para no dejarme caer en la oscuridad.

Gracias.